

M. 13/15

Cómo Comienzan el Trabajo los Habitantes de Una Población al Emprender sus Actividades

Por MARIO GUIRAL MORENO

LOS recogedores de latones de basura realizan estrepitosamente su nauseabunda labor. — Una campana que sólo se oye en el mes de Diciembre. — "Alguien tiene que comerse los pellejos", exclama un carnicero mientras que pica sobre el mostrador un cuarto de res. — Un vendedor ambulante que ofrece al público "pescados vivitos", muchas horas después de haber sido extraídos del agua. — Sirvientas que trabajan desde muy temprano en el acómodo, y otras que siempre llegan tarde a la colocación. — Bellas jóvenes estudiantes, en la edad del "pepilleo", que llevan en sus manos un pesado cargamento de libros y libretas. — Individuos con trajes raídos y mugrientos, que destilan grasas, se convierten en vecinos indeseables y peligrosos al viajar en los vehículos del transporte urbano. — Una dama de la época antigua, que ha perdido ya todas sus líneas, sube a un ómnibus luciendo una extraña indumentaria. — Frase feliz de un peatón que, al observarla, le da un simpático calificativo.

Es, indudablemente, en las primeras horas de la mañana cuando mejor se capta y observa la vida diaria de cualquier población cubana importante donde moran y desarrollan sus actividades millares de seres humanos, que realizan en ella habitualmente, trabajos muy desemejantes y diversos.

Al comenzar cada día de la semana, todos los individuos que tienen necesidad de lanzarse a la calle para efectuar sus labores, en la misma vía pública o en algún sitio determinado, salen presurosamente de sus casas para comenzar el trabajo cotidiano; y es entonces, en las primeras horas del día, cuando un peatón observador tiene la oportunidad de examinar a los distintos tipos de ciudadanos que al no poder llevar una vida regañada y sin preocupaciones, se ven imposibilitados de permanecer cómodamente en sus casas, firmando cheques o recibos, convertibles unos y otros en jugosas rentas.

Cuando uno sale de casa muy tempranamente, y recorre las calles de una ciudad perteneciente a un Municipio populoso donde las

basuras no se han recogido en los días inmediatos anteriores, enseguida suele toparse el transeunte con los camiones del servicio de limpieza, cuyos conductores y ayudantes realizan su faena con gran estrépito, para que todos los vecinos se enteren de que ese día van a ser recogidos los inmundos detritus contenidos en los latones y cajones que se acumulan en las aceras —aunque sin tocar los carreros las campanas de aviso, porque éstas sólo suelen repicar escandalosamente durante el mes de diciembre, para recordar a los vecinos que se aproximan las Pascuas y con ellas el consabido aguinaldo—, y así recibe el peatón, acabado de tomar el desayuno, un vaho mefítico y desagradable, capaz de alterar, en las personas delicadas y sensibles a los malos olores, las funciones estomacales.

A poco que avance el peatón en el camino emprendido, podrá observar frente a cualquiera carnicería del barrio, un grupo numeroso de personas de humilde condición —gente pobre y sirvientas de "casas ricas"— que forman "cola" en espera de que les toque, al fin, su turno y se les atienda.

—¡Oye, viejo —exclama una de estas últimas— acaba de despa-charme, que yo estoy aquí desde el amanecer de Cristo y ya estoy cansada de esperar!

—¡Mire que usted es abusador! —le dice otra marchante al carnicero—; todo lo que me ha puesto es pellejo, y la señora se lo va a devolver en cuanto lo vea. ¡Estas piltrafas no se las come ni el perro!

10

2

110

—Dígale usted a la señora —le responde aquél, malhumorado— que yo compro la carne con masas, pellejos y huesos, y que alguien se tiene que comer los pellejos; si quiere buena masa, que compre filete...

Y así, por este estilo, son las conversaciones que el viandante escucha al andar por las calles, mientras tiene que cederle el paso a un chino viandero que, empujando una pesada carretilla, se interpone en su camino, obligándolo a tomar la calle porque ésta, al parecer, se ha hecho para los peatones y las aceras para las carretillas...

—“¡Pescador! ¡Pescado vivo!”, vocifera a pleno pulmón el próximo individuo con quien uno se tropieza, quien lleva en la cabeza un gran cajón con los “pescados vivos”... que horas antes compró en el Mercado local y cuyo expendio callejero lo convierte en “Pescador”, a pesar de no haber pescado nunca, nada en su vida; pero los pescados que él lleva tienen, por lo visto, si se da crédito a sus piñones, el privilegio de seguir estando “vivitos y frescos” muchas horas después de haber sido extraídos del agua. El vendedor sigue vociferando: “¡Pargos vivitos, agujas y cabezas de cherna!”, pero no aclara si también las chernas cuyas dichas cabezas, siguen estando vivas después de efectuada la decapitación...

Los carboneros son, sin duda alguna, los hombres más madrugadores, habiéndoles arrebatado el centro, en este aspecto, a los lecheros, que antiguamente eran los primeros en llegar a las casas, muchas veces antes del alba, cuando la leche se vendía en botijas y éstas eran conducidas en las alforjas de los caballos. Ahora, que el precioso alimento líquido se distribuye en pemos de cristal, con tapas

y retapas, por medio de camiones en cuyo exterior se anuncia con grandes títulos la mercancía, diciendo si la leche es cruda o pasteurizada, pero sin advertir jamás que muchas de las botellas sólo contienen “leche aguada”, la primacía en el despacho mañanero corresponde a los vendedores ambulantes de carbón, quienes cuentan con magníficos auxiliares en las mulas que tiran de sus carros, muy bien acostumbradas a obedecer las órdenes que reciben, y las cuales, a veces hasta conocen las casas de los distintos marchantes, deteniéndose espontáneamente frente a aquellas donde su dueño y compañero de trabajo despacha diariamente la mercancía.

El trabajo de las sirvientas de las casas es materia que asimismo se presta a la observación en estas horas mañaneras, durante las cuales se ven algunas que, desde muy temprano, barren y baldean

los pisos de los portales y las aceras, y recogen las hojas acumuladas en la calle, destruyéndolas por medio del fuego, para que el frente de la casa luzca bien limpio... hasta que algún transeunte enemigo de la limpieza vuelque el latón de la basura, desparramando su contenido sobre el césped, o el viento se encargue de amontonar las hojas de los árboles fronterizos a las casas vecinas, cuyos dueños e inquilinos desaseados jamás se ocupan de mantenerlas limpias, viviendo muy satisfechos en medio de la mayor suciedad y el más completo abandono. Y mientras que esas laboriosas sirvientas comienzan a trabajar desde las primeras horas del día, otras muchas, más afortunadas que ellas y que moran en sus respectivas casas, caminan lentamente por la calle para dirigirse a la colocación, llevando retratados en el rostro el cansancio y el sueño producidos por una noche entera de juerga y desvelo, o por el insomnio tenido en algún velorio al que aquéllas asistieron acompañadas de sus novios o “íntimos amigos”, para distraerse, después de haber visto una película de moda en el cine más cercano.

Al llegar a la próxima esquina, vemos un grupo numeroso de personas, de distintos sexos, edades y ocupaciones, a juzgar por su aspecto e indumentaria. Entre ellas figuran varias muchachas estudiantas que dificultosamente pueden sostener con sus pequeñas manos un pesado cargamento de libros, libretas, estuches de Dibujo, grandes reglas y cartabones; todas se disponen a tomar y toman por asalto, la primera guagua que por allí cruza, ocupando en apretada fila el pasillo central del vehículo, completamente lleno de pasajeros, muchos de ellos en pie, pues los últimos asientos que quedaban vacíos los han ocupado dos maestras parlanquinas que refieren en alta voz los problemas existentes en sus respectivas escuelas, y se quejan del crecido número de alumnas a las cuales tienen que dar clases en unas aulas estrechas y desprovistas de comodidades. Nadie les hace caso, y ellas, al notar que no se les presta ninguna atención por los demás viajeros, cada uno de éstos absorbido por sus propias preocupaciones, disminuyen su fastidiosa verborrea y se callan al fin, con el beneplácito de todos los demás pasajeros, que ya estaban cansados de oír tan insulsas peroratas.

En la primera parada que hace el ómnibus, suben y materialmente se incrustan entre los que viajan de pie apretujadamente, dos hombres cuyos trajes, horriblemente sucios, destilan pinturas y grasas; sin importarle ensuciar a sus vecinos con el mugre acumulado en



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

10

3

111

sus cuerpos malolientes y sus ropas inmundas. Una señora vestida con un traje de color claro, y un hombre que lleva un flus de dril blanco limpiísimo, son las primeras víctimas de aquella desagradable contaminación, y ambos optan por bajarse del vehículo, entre airadas manifestaciones de indignación y protesta, por permitirse en Cuba, al revés de lo que sucede en todas las grandes ciudades de los demás países civilizados, que viajen en los vehículos del transporte urbano, individuos cuyos trajes se hallan en un estado lastimoso de suciedad, que no se debe precisamen-

te a la pobreza, pues es de advertir que los dos pasajeros a quienes nos referimos lucían en sus muñecas, magníficos relojes-pulseras de oro, macizo o enchapado; pero, en uno u otro caso, de un valor relativamente alto, que hacía marcado contraste con el aspecto repulsivo de tales sujetos, cuya apariencia hubiera hecho sospechar que se trataba de infelices indigentes, si no hubiera sido porque las herramientas que llevaban en sus manos denunciaban su condición de trabajadores en activo.

Creíamos haber terminado ya, al menos por ese día, nuestras observaciones de tipos mañaneros, cuando un suceso intempestivo vino a advertirnos que sufríamos una equivocación: subió de repente al ómnibus una señora cincuentona y regordeta, cuyos cabellos, que debieron ser naturalmente canosos en su estado natural, estaban teñidos de color negro antracita, teniendo los cachetes maquillados y los labios pintados de color rojo carmín, la cual fué a ocupar sitio en uno de los asientos laterales delanteros, comprimiendo a los pasajeros vecinos con su voluminoso cuerpo de ancha cintura, robustas caderas, dilatados muslos y gruesas pantorrillas, desprovistas de medias, estando calzada con sandalias que permitían ver unos pies con dedos disparejos, cuyas uñas se hallan cuidadosamente esmaltadas de rojo escarlata, haciendo pensar a quienes la observaban, en las dificultades que seguramente tuvo necesidad de vencer la susodicha dama para realizar esa operación, teniendo unas piernas incruzables.

Pero lo más original de la descrita indumentaria lo constituía un aditamento que en la actualidad es una prenda de vestir anacrónica y muy poco usada: sobre su testa llevaba la citada señora un sombrero de paja, adornado con flores rojas y cintas del mismo color, ofreciendo en conjunto la mencionada dama el aspecto de una estampa surrealista, dibujada por un artista que hubiera querido mostrar una figura grotesca, participante de una fiesta de carnaval muy remota.

Cuando el ómnibus cruzaba ya por una de las estrellas calles de La Habana Antigua, la dama del cuento —de un cuento que es verídica historia— dió al conductor la señal de parada, que coincidió con la que nosotros hicimos también para bajar del vehículo, del cual salimos por la puerta trasera, en tanto que aquélla descendía del carro por la delantera, deteniéndose en el lado opuesto de la calle donde nosotros nos hallábamos. A nuestro lado, en la misma esquina dos hombres de mediana edad discutían sobre asuntos de política e de pelota; pero tan pronto como vieron éstos que la mujer empujada atravesaba la calle y se dirigía hacia el lugar donde ambos estaban, cesaron en su animada charla, y uno de ellos, al ver que su compañero permanecía inmóvil en el mismo sitio, con grajeo muy propio de un andaluz ocurrente, lo reprendió, diciéndole imperativamente:

—¡Quitate de la acera y no estorbes el paso... que va a cruzar por delante de nosotros el Siglo XIX!

M, feb 13/65



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA